

BRANDES, STANLEY (1980): *Metáforas de la masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*, Madrid: Taurus Ediciones, 1991, 267 pp.

Recensión de M. ÁNGELES CALERO FERNÁNDEZ
Universitat de Lleida

La antropología cultural ha concedido una gran importancia al estudio del lenguaje, entre otras razones porque se ha percatado de que el material lingüístico refleja el funcionamiento, las preocupaciones y las necesidades de la comunidad hablante, y porque ha visto que a través de determinados artificios verbales se perpetúa la estructura social y la mentalidad de cada grupo humano.

Dentro de esta perspectiva se inscribe el trabajo de Stanley Brandes, antropólogo estadounidense que se topó con una fuente folklórica inagotable para el estudio de la identidad masculina andaluza cuando pretendía analizar las pautas matrimoniales en un colectivo de la España meridional.

El *corpus* que sirve de base a esta investigación fue recogido por vía oral entre 1975 y 1976 en un municipio de la Andalucía oriental que, por aquel entonces, contaba con unos diez mil habitantes. El nombre del municipio queda oculto -algo bastante insólito, tanto más cuanto que no media explicación alguna- bajo el pseudónimo de *Monteros*¹.

Los informantes fueron por lo general varones, limitación resultante de las características culturales de la comunidad analizada -que llevan a una marcada separación física de los sexos-, y al propio método empleado -la *observación participante*-: es evidente que el investigador sólo podía observar y participar, salvo raras excepciones, en grupos masculinos.

El objetivo perseguido era estudiar cómo los varones expresan² y definen su identidad a través de ciertas manifestaciones folklóricas, a saber, las bromas, los

¹ En la provincia de Málaga, cerca de Marbella, existe una pequeña población llamada *Los Monteros*; pero no podemos aventurarnos a decir que se trata de la misma a la que se refiere Brandes.

² Es obligado recordar que, por mucho que se emplee aquí el *presente etnográfico*, este análisis no corresponde al *presente histórico*, es decir, nunca ha de perderse de vista que los resultados expuestos se refieren a mediados de los años setenta y que, con los cambios sociales y de mentalidad producidos en las últimas décadas, la situación puede ser hoy distinta -aunque sospecho que más en los conflictos sociales que en los que se dan entre los sexos-.

chistes, los acertijos, los refranes, algunos juegos verbales, el tabú lingüístico y determinadas ceremonias seculares y religiosas. Se parte de la base de que el folklore educa en las actitudes y en la manera de percibirse a sí mismo, esto es, crea, consolida y afirma la propia imagen. Los *ítems* folklóricos son vistos, de este modo, como proyecciones psicológicas inconscientes, siendo una de sus funciones constituir una válvula de escape socialmente sancionada para expresar lo que no puede articularse de una forma habitual y directa.

El marco teórico que sustenta el análisis es, por un lado, el de la antropología estructural y, por el otro, el de la antropología del lenguaje.

Brandes detecta que, en esencia, los varones de *Monteros* se plantean dos problemas de identidad: su lugar en la jerarquía social y sus relaciones con las mujeres. Sobre estas dos cuestiones se estructura toda la obra.

Dejando aparte el primer capítulo, de carácter introductorio, y exceptuando los capítulos segundo y décimo, que tratan de dos rituales (el desfile de gigantes y cabezudos, y la procesión en honor al Señor del Consuelo, respectivamente -que funcionan como metáforas dramatizadas de estas consideraciones sociales y sexuales que preocupan al sector masculino de la población de *Monteros*-), el resto del libro es de un enorme interés para todo lingüista que se precie de profundizar en las relaciones existentes entre lengua, pensamiento y cultura.

La primera parte del libro se centra en el estudio de los conflictos sociales y sexuales. De este modo, los capítulos tercero (*Títulos, nombres y pronombres*) y cuarto (*Chistes de gitanos y autoimagen andaluza*) se ocupan de cómo el folklore refleja y refuerza el andamiaje jerárquico de la sociedad de *Monteros*.

El epígrafe que encabeza el tercer capítulo es un tanto confuso. Tal vez la formación del autor del libro -antropólogo él y no lingüista- explica esta circunstancia. De lo que aquí se trata, en realidad, es de la terminología que se aplica a las diversas clases sociales, así como de algunas fórmulas de tratamiento (*don/doña, señorito, túlusted*) y de ciertos aspectos de la antroponimia (apodos e hipocorísticos).

El capítulo cuarto se dedica al humor étnico, por medio del cual se engrandece la propia autoimagen ridiculizando a los oponentes. Así es como sobreviven los estereotipos negativos de los adversarios, en este caso los gitanos. Sin embargo, el caudal de chistes sobre esta etnia conocido y empleado en *Monteros* revela una contradicción en el alma andaluza: por un lado, el desprecio; por otro lado, un sentimiento de solidaridad ante el enfrentamiento de la raza gitana al poder representado por la Guardia Civil -que equivale a la élite social, con la que esta institución ha estado históricamente aliada-.

Por su parte, los capítulos quinto (*Metáforas masculinas de la lengua popular*) y sexto (*Chistes e identidad masculina*), abordan las divisiones entre los sexos, tal y como se desprende a la luz de los datos folklóricos; en concreto, versan sobre las razones por las cuales los varones ven a las mujeres como enemigos que hay que neutralizar, dominar y reprimir.

En el capítulo quinto el estudio de los tacos y de algunas expresiones eufemísticas revelan que los genitales masculinos se asocian al poder, la voluntad, la fuerza, y que hay una clara separación de roles entre mujeres y varones en las prácticas sexuales de esta comunidad.

El capítulo sexto, tras presentar una explicación psicológica del humor (la principal función del humor es, mediante risas, absorber y controlar hasta inutilizarla la gran angustia que un grupo humano cualquiera siente ante diversos temas; lo cual supone que el humor sirve como detector de las preocupaciones e intereses que comparten los miembros del colectivo que lo emplea), se ocupa de los cuatro temas más sobresalientes que plantean los chistes: la calidad y el tamaño de los genitales masculinos, el poder de las mujeres para emacular, la voracidad del apetito sexual de las mujeres y el temor al adulterio femenino. Estos chistes son resultado de una necesidad de liberación emocional de las tensiones que genera la competitividad entre varones, el miedo a no cumplir con la imagen masculina prototipo y la supuesta amenaza del otro sexo.

La segunda parte del libro corresponde a los capítulos séptimo (*Bromas y acertijos*), octavo (*Espacio y lenguaje en la cosecha de la aceituna*) y noveno (*Mofas y sociedad*), y en ellos se exponen algunos mecanismos que permiten a los varones de esta comunidad anular, aunque sea de modo pasajero, las hostilidades que los separan en sus relaciones entre grupos de clase y con las mujeres.

El aspecto más interesante de estos tres capítulos, desde el punto de vista lingüístico-etnolingüístico, hablando en propiedad-, es el juego de palabras, representado por las bromas verbales, los acertijos y coplas -en especial los aparentemente obscenos-, y las parodias humorísticas basadas en el uso equívoco de la lengua.

En todos los análisis realizados por Brandes se observa que hay un comportamiento lingüístico distinto según el nivel sociocultural al que pertenezca el hablante y según el sexo que posea éste. El autor no ofrece un estudio sociolingüístico sistemático: más que una óptica cuantitativa, se trata de una aproximación cualitativa a las actitudes lingüísticas.

El último capítulo funciona a modo de conclusión, donde el autor confirma que el folklore -en esta ocasión esencialmente verbal- controla la manera de pensar y de actuar de los individuos, pero, al mismo tiempo, desvela el estado de cosas y lo justifica. El folklore masculino de *Monteros* aquí estudiado revela una penetrante preocupación de los varones por la diferenciación social -esto es, la naturaleza de la jerarquía, el lugar que se ocupa en ella y las reglas para la interrelación de clases- y por la identidad sexual -esto es, cuál es la esencia de cada uno de los sexos y cuál es el comportamiento que corresponde a esa esencia diversa-. Y esto es así tanto para las manifestaciones folklóricas que reafirman la identidad de cada grupo como para las que sirven de desahogo ante la frustración que genera la no aceptación del propio estado.

La obra concluye con una bibliografía -en la que, entre otros, se recogen trabajos muy interesantes sobre refranes, apodos, chistes, fórmulas de tratamiento, tabú lingüístico y feminolecto-, así como con un índice de autores y materias.

Hay que decir que algunas de las explicaciones antropológicas que da Brandes resultan poco creíbles por lo lejos que llegan; pero son las menos. También se demora en ocasiones en detalles que resultan innecesarios a un lector español; si bien no podemos olvidar que el autor es norteamericano, que escribe en principio para un público que no es el nuestro, y que algunas cosas que a nosotros nos parecen obvias o nos son muy familiares, para él y para su mundo son absolutamente desconocidas y exóticas.

En cualquier caso, el trabajo de Brandes resulta muy sugestivo desde el punto de vista de la etnolingüística, no sólo por la aportación de materiales analizados desde el binomio lengua/cultura, sino también por las reflexiones teóricas sobre algunos aspectos antropológicos que tienen una manifestación lingüística.